

En una escena de Adolescencia, la miniserie británica, el hijo del policía que investiga el crimen que está en el centro de la trama le pide a su padre que lo escuche, porque hay algo que el padre no está entendiendo de la relación que había entre el presunto victimario y su víctima. El hijo le enseña al padre policía algunos rudimentos del lenguaje de Instagram que su padre, con una lógica de otro tiempo, solo había considerado superficialmente cuando indagó en la cuenta de dicha aplicación del presunto victimario. Cada emoji cambiaba de significado según el color -le explica el hijo al padre-, una figura pequeña y banal quería decir muchas cosas distintas alejadas de su apariencia concreta. La combinación de figuritas inofensivas era un argot en sí mismo que podía arruinar una reputación y atraer la burla colectiva. De un lado estaba el idioma de los adolescentes en las redes sociales, del otro, el convencional. En este caso el de las redes sociales parecía haber traspasado la pantalla del teléfono como un torrente de ira que busca un cauce.

Uno de los muchos méritos de la miniserie Adolescencia de Netflix es que lo que vemos nos resulta tan cercano y trivial que resulta impensable no darse por aludido y ver en la representación de esa historia fognazos que nos resultan familiares. El primero y más obvio, la brecha tecnológica entre generaciones. Al menos desde la segunda mitad del siglo XX, cada nueva generación ha nacido en un mundo tecnológicamente distinto del anterior. El matiz es que la profundidad de esa grieta ahora está resultando aun mayor que en el pasado; las di-

Por
Oscar Contardo



Escenas de crueldad adolescente

menziones de la transformación en curso significan una forma distinta de percibir las relaciones y administrar un vicio que nos cuesta reconocer como parte de nuestro repertorio emocional: la crueldad.

En gran medida la crianza doméstica familiar y la educación escolar inhiben y disciplinan el impulso por ejercer un daño gratuito a quien nada ha hecho para merecerlo y no pue-
der responder frente al ataque. La indefensión y fragilidad de un niño es inversamente pro-
porcional a su capacidad de ejercer crueldad con quien perciba como inofensivo o para ga-
narse la popularidad del grupo de pares. Un rasgo que en la adolescencia puede pasar del juego a la brutalidad en un pestapeo. En los tiempos que corren, aquello llamado bullying ya no solo se desarrolla en la realidad cotidia-
na, en donde enfrenta penalizaciones y barre-

ras para desplegarse, sino en ese universo pa-
ralelo de las redes sociales. La tecnología di-
gital hizo posible que la hora del recreo se ex-
tendiera a las cuentas de redes sociales y la vida
digital, en donde las posibilidades de inhibir y disciplinar son escasas, no solo para las ins-
tituciones encargadas de la educación formal,
también para las familias. Hay varias genera-
ciones ya que habitan esos dos mundos. En uno
de ellos las posibilidades de ponerle cerco a la
crueldad, un impulso más común de lo que nos
gustaría admitir, es casi imposible, sobre todo
porque puede ejercerse desde el anonimato y
en manada. Cuando eso se mezcla con polí-
tica, el resultado es desolador y está a la vista.
El adolescente matón interno de muchos adul-
tos resueltos ansioso de goce.

En un par de secuencias de la miniserie Adolescencia se ve a profesores abrumados re-
correr pasillos y salas decorados con mensa-
jes de tolerancia a la diversidad. En paralelo,
escolares buscando algún par a quien agrede-
r, desentendiéndose de la autoridad de los maes-
tros, desbordados por una intensidad emotio-
nal confusa. Por un lado, una institución edu-
cacional abrumada con exigencias y protoco-
los de acción; del otro, niños y adolescentes
habitando en paralelo dos realidades, una de
ellas adictiva y omnipresente, en donde no
existe refugio para el ataque.

Desde el siglo XIX los modelos de juventud idealizada habían oscilado entre dos lugares co-
munes: la del muchacho o la señorita incom-
prendidos arrojados a sus sentimientos nobles
que desafían las convenciones sociales, o la del
varón idealista que se embarca en una lucha
justiciera en contra de poderes opresores. En
las últimas décadas aquellas representaciones

han ido devaluándose y se mantienen apenas
sostenidas por una solitaria Greta Thunberg,
cuya causa ya podría darse por perdida. Lo que
ha emergido es una figura nueva, la del líder
autoritario que se comporta como un adoles-
cente matón que no respeta los límites ajenos
y que despierta admiración entre jóvenes cuya
rebeldía consiste en rechazar toda convención
que les exija respeto por quienes no vean
como sus iguales. El hábitat ideal de la nueva
criatura es justamente el de las redes (cañales
de YouTube, streaming). Es un sujeto cuya
misión es difundir una opinión como un dogma,
la mayor parte del tiempo ajeno a los he-
chos, elaborando teorías desde su dormitorio
y subiendo "contenido", que es la manera en
que el ecosistema virtual denominó a esa for-
ma de explotación voluntaria que consiste en
grabarse y lanzar eso a la red con la esperan-
za de que genere la cuota de interés necesario
como para "monetizar" la actividad. En casos
más sofisticados, lo que hacen es invertir en
criptomonedas con la ilusión de pertenecer al
club de esos adolescentes perpetuos, los me-
gamillonarios tecnológicos, un poder sin con-
trapesos, una rebeldía sin más reglas que la ley
del más fuerte. Tal y como en el recreo de
colegio, solo que, extendido globalmente, en un
mundo en donde el bullying lo ejercen los
nuevos líderes, en nombre de una libertad
que muere y humilla. Ahora hasta el más pro-
gre de los ciudadanos se siente autorizado
para basurear hasta el asco a quien contradiga
sus convicciones.

Cada generación enfrenta un desafío, la ac-
tual es la manera en que cierta tecnología de-
sarrollada para acelerar las comunicaciones
acabe apurando el rumbo a la barbarie.